

CELCIT. Dramática Latinoamericana 122

LA CASA DEL LAGO

Adriana Tursi

PERSONAJES

Señor Leiton

Pablo

Ana

Magdalena

Elena

Un corte transversal nos deja ver la casa del señor Leiton de definido estilo inglés, construida a fines de siglo. La luz va entrando lentamente en dos espacios claramente definidos. En un primer plano, una biblioteca gana en forma semicircular un espacio obsesivamente cargado de muebles. Frente a la biblioteca, un escritorio con una lámpara encendida; delante dos sillones de un cuerpo. Al fondo, sobre la derecha, un ventanal que comunica con el frente de la casa; Delante del, un sillón de dos cuerpos, un taburete y un banquillo. La mayoría de los muebles están cubiertos con unas sábanas blancas, dando al lugar un aspecto extraño. Al fondo, a la izquierda, tres pequeños escalones comunican con una puerta de madera, la única entrada al lugar. En un segundo plano, como

suspendido en el espacio, el dormitorio de Ana. Lo delimita por delante, un cortinado blanco transparente recogido hacia los costados. Sobre la pared central, una cama de bronce de dos plazas, sobre la mesa de luz que se encuentra sobre la derecha hay un velador encendido, y de costado varios frascos de medicamentos. Frente a la cama, un pequeño tocador con su banqueta. De fondo se escucha el sonido de la tormenta. Al costado de la cama, sobre una mecedora, descansa Elena: una mujer pequeña, robusta, de edad indefinida vestida de oscuro. Tiene sus ojos en la cama donde descansa Ana, una mujer de unos cuarenta años, muy delgada. Su pelo se ve casi blanco. Duerme profundamente.

Por la puerta que se encuentra a la izquierda, vemos aparecer a Magdalena, una mujer de unos 50 años, delgada, vestida de negro. Entra trayendo en la mano una pequeña caja metálica.

ELENA: (Reaccionando) Magdalena! ¿Qué hora es? ¿Todavía no llego?

MAGDALENA: Todavía no. De todos modos tenemos que estar tranquilas. ¿Está claro?

ELENA: Sí, por supuesto. ¿No te estoy ayudando? Estoy haciendo todo como vos me lo pediste.

Magdalena comienza a cargar una jeringa.

ELENA: ¿Qué es eso, Magdalena? Todavía no es la hora del remedio. ¿O me quede dormida?

MAGDALENA: ¿Cuántas veces tengo que decirte que no te preocupes por el horario de los medicamentos? Eso lo manejo yo. Si querés ayudarme, quedate acá y vigílala; nada más.

ELENA: Sí, yo la vigilo. Es por eso que estoy asustada. Duerme y duerme. Todos estos últimos días durmió casi todo el tiempo. Me da miedo.

MAGDALENA: Miedo. ¿De qué?... ¡Contestáme! Te pregunte de qué.

ELENA: Ahora que me preguntás, no sé. Pero me da miedo.

MAGDALENA: (Terminando de aplicarle el medicamento) Yo ahora voy a bajar. Se me hizo la hora de la lectura. Cualquier cosa que necesites, me llamas. Anda, pone un poco de música; la va a ayudar a descansar mejor.

ELENA: (Yendo hacia el tocadiscos) Yo tengo la sensación de que ya no la oye.

MAGDALENA: Es sólo una sensación. Sentáte y quedáte tranquila.

ELENA: ¡Magdalena! ¡Espera! ¿Cuanto tiempo se va a quedar ese muchacho?

MAGDALENA: Todavía no lo sé. Pero el señor Leiton quiso que viniera y nosotras vamos a respetar su decisión.

ELENA: Está bien.

Magdalena abre el placard y comienza a sacar algo de ropa.

ELENA: El otro día la señora me preguntó por su ropa. *(Ríe)* No supe que contestarle.

MAGDALENA: Entonces, ¿qué le contestaste?

ELENA: Que por más que no la use, es necesario limpiarla, sacarle el olor.

MAGDALENA: ¿Qué olor?

ELENA: No sé. el olor a encierro. Siempre se junta olor.

MAGDALENA: Entonces supiste qué contestarle.

ELENA: Sí... Lo que pasa es que cada vez me cuesta más defenderte.

MAGDALENA: ¿Por qué? ¿Quién me ataca?

ELENA: ¿Cómo?

MAGDALENA: Hablaste de defenderme. Si necesitas defenderme, es porque alguien me está atacando. ¡Así que estamos en guerra y yo no estaba enterada!

ELENA: No es una guerra.

MAGDALENA: ¿No? Si es una guerra, en las guerras los otros atacan y uno tiene pánico de que lo destruyan. Vos estas con pánico.

ELENA: ¡Sí!

MAGDALENA: Pero te equivocas. Esto es una casa de familia y aquí nadie ataca a nadie.

ELENA: No lo creas.

MAGDALENA: ¿Por qué? ¿Estoy equivocada? Entonces ¿no es una casa de familia? ¡Contestáme! ¿Es un campo de concentración? *(Pausa)* ¿Es un hospicio?

ELENA: En los hospicios suele haber guerra.

MAGDALENA: Por eso te pregunto. ¿Qué es?

ELENA: No sé.

MAGDALENA: No sabés, pero hablás y me confundís.

ELENA: Sí.

MAGDALENA: Esta es una casa de familia y aquí todos atendemos nuestras obligaciones y descansamos en paz. Mientras tanto, te pediría que te encargues de cumplir con tu tarea. Yo bajo a cumplir con la mía.

ELENA: Es que yo necesito. A veces.

MAGDALENA: *(Interrumpiendo)* ¡Seguro que sí! Cualquier cosa, estoy abajo.

ESCENA 2

Magdalena entra sigilosamente al escritorio. Traba con cuidado su puerta. Se acerca hacia la mesa, enciende una lámpara y comienza rápidamente a realizar acciones transformadoras. Se coloca un camisón blanco, se suelta el pelo dejando caer una cabellera negra y pesada, se entalca la cara y con su lengua empapa obsesivamente sus labios, intentando dejarlos bien remarcados. Se descalza rápidamente, corre a tomar la escalera de mano, la acerca a la biblioteca y, subiéndose a ella, comienza a revisar los libros. El reloj da siete campanadas. Magdalena busca con mas desesperación, baja la escalera, revisa el escritorio, se tira al piso y comienza a recorrerlo con sus manos. Toca algo sobre la alfombra, lo levanta y saca de allí un libro. Se siente abrir la puerta, Magdalena se levanta rápidamente, echando una última mirada al lugar.

LEITON: Pensé en suspender por hoy la lectura. Ese muchacho debe estar por llegar de un momento a otro y tendremos que atenderlo.

MAGDALENA: No creo que sea necesario, señor. Podemos interrumpir cuando él llegue. Además, yo ya tengo todo preparado. Hoy comenzamos un libro nuevo...

LEITON: *(Interrumpiendo)* Bien, me convenció. Usted siempre me convence.

MAGDALENA: *(Corriendo a cerrar la puerta)* Sí, señor.

LEITON: ¿Y esa música?

MAGDALENA: Nuestro amigo Wagner.

LEITON: ¡Qué bien! ¿Dónde toca?

MAGDALENA: En el cuarto de la señora.

LEITON: ¡Qué maravilla! ¿Se siente mejor? Cómo me reconforta su inmortalidad. Bueno, empiece cuando quiera. La escucho.

Magdalena, parándose a una distancia prudencial, abre cuidadosamente el libro y comienza su lectura.

MAGDALENA: "Una vez, ya entrada en años, en el vestíbulo de un edificio público un hombre se me acercó, se dio a conocer y me dijo"

Leiton hace un pequeño gesto con su mano y Magdalena se apura a echarse a sus pies, acomodándose de la misma forma que un animalito. Leiton comenzara a mimarla de la misma manera.

MAGDALENA: "La conozco desde siempre, su rostro de muchacha me gustaba mucho menos que el de ahora, devastado"

Magdalena irá soportando las caricias que se irán cargando de brutalidad y deseo y, al igual que un animalito, cuando esto se torne insoportable, intentara defenderse con su boca.

MAGDALENA: "Creo que me han hablado de ese empujón del tiempo que a veces nos alcanza a trasponer los años mas jóvenes y gloriosos de la vida. Ese envejecimiento fue brutal"

Se siente golpear la puerta.

ELENA: *(Del otro lado)* ¡Señor Leiton!

Magdalena intenta recomponerse rápidamente.

ELENA: ¡Señor Leiton!

LEITON: Pero ¿cómo puede ser? ¿Quién golpea?

MAGDALENA: *(Desde el piso)* Elena.

LEITON: Pero ¿no era que esa mujer estaba ocupada?

MAGDALENA: ¡Sí señor!

LEITON: ¡No, señor! ¿Qué la ocupa?

MAGDALENA: ¡Nada!

LEITON: Eso ¡nada! Desde el momento que interrumpe, ¡nada!

ELENA: (*Golpeando*) ¡Señor Leiton!

LEITON: Abrale, por favor, antes que termine rompiendo la puerta.

ELENA: (*Entrando*) ¡Disculpe, señor!

LEITON: Por supuesto que está usted disculpada. Imagino que para golpear la puerta de ese modo es porque algo grave acaba de ocurrir.

ELENA: No, señor.

LEITON: No tenga piedad de mí. A esta edad, las peores cosa ya las he escuchado. ¡Vamos! ¡Hable! ¡Dígamelo! Algún día tenía que ocurrir. ¿Qué paso con la señora?

ELENA: ¿Con la señora? ¡Nada! Está descansando.

LEITON: ¿Por qué me miente? Magdalena revise. Esta mujer está mintiendo.

MAGDALENA: Creo que no, señor.

LEITON: Y entonces ¿por qué habla con esa voz de muerte?

MAGDALENA: Hace años que habla igual.

LEITON: Entonces, hace años que viene velando a alguien y nosotros no nos habíamos dado cuenta. ¿A quién vela, Elena?

ELENA No sé, señor.

LEITON: ¡Qué bueno! Hace años que llora a alguien y no sabe a quién. ¡Qué extraordinario! ¡Qué poder de sufrimiento! La verdad es que usted tendría que haber sido religiosa.

ELENA: De religiosos quería hablarle. Hay un joven en la puerta que dice ser seminarista, que pregunta por usted.

LEITON: Pero ¿se da cuenta? Después de tantos años, una persona golpea la puerta de mi casa y usted viene a avisarme con esa voz de velorio. ¡Vaya, cambie el tono de voz y hágalo pasar!

Magdalena comienza a juntar rápidamente la ropa que ha quedado en el piso.

LEITON: *(Sentándose en el sillón que está frente al escritorio)* ¿Qué le parece? ¿Estoy bien?

MAGDALENA: *(Echándole una mirada rápida)* Sí, señor.

LEITON: No quiero impresionarlo. ¿Usted está lista?

MAGDALENA: No, señor.

LEITON: Bueno, tómelo con paciencia.

Magdalena se dirige hacia la puerta y en ese momento es interceptada por Elena que entra.

ELENA: Señor, aquí está el joven.

LEITON: *(Desde su sillón)* Hágalo pasar.

En la puerta se lo ve aparecer a Pablo, un muchacho joven, muy delgado, con una imagen bastante lavada. Su voz se escucha suave y quebrada, lleva puesto un sobretodo largo de color azul y trae en la mano una pequeña valija.

PABLO: ¡Permiso!

LEITON: ¡Adelante! Lo estábamos esperando.

PABLO: Disculpe la demora, es que la tormenta es terrible, francamente, ha paralizado todo.

LEITON: Sí, francamente no ha tenido suerte, hace mucho tiempo que no tenemos una lluvia tan intensa en este lugar.

PABLO: La verdad es que me asusté bastante cuando comencé a tocar el timbre y nadie salía. No sé como se me ocurrió golpear.

LEITON: Voy a tener que revisar yo mismo ese timbre mañana. Se descompone cuando más lo necesitamos. Pero la verdad es que estamos acostumbrados, así ocurre con todo en esta casa, con las puertas, con el teléfono, hasta con el correo.

PABLO: *(Acercándose)* ¡Encantado de conocerlo, señor Leiton! Mi nombre es Pablo y esta carta es para usted.

LEITON: ¡Pero qué maravilla, Elena! Esto merece un aplauso, todo gracias a usted, que escucho la puerta. ¿Sabe desde dónde, joven? Desde otra ala de la casa. ¿Se da cuenta lo que es tener el oído entrenado?

ELENA: Yo estaba abajo, señor. Había bajado a buscar un vaso de agua.

LEITON: Olvide todo entonces. No tiene mérito (*Oliendo el sobre*) ¡Qué maravilla! ¡Una carta!

ELENA: ¡Permiso! Subo a atender a la señora.

LEITON ¡Vaya! Magdalena, por favor léala.

Magdalena acercándose a tomar la carta.

PABLO: Disculpe no la había visto.

LEITON: Magdalena es mi ama de llaves, y mi secretaria personal.

MAGDALENA: (*Comienza a leer afectadamente*) "Querido amigo: Cuánto lamento que su esposa se encuentre tan delicada de salud. Fue mi más sincero deseo acompañarlo en este difícil momento y es por eso que después de varias noches de insomnio he llegado a la conclusión de que nada en este bendito seminario ocurre porque sí. Y es que, hace ya tres años, llegué a este lugar este joven, que no sólo tiene una gran vocación religiosa, sino además una gran vocación por las letras. Creo que, finalmente mi sueño se hace realidad al poder hacerle llegar, en manos de tan preciada compañía, este ejemplar hecho por nosotros. Tenga usted mi más sincero respeto".

LEITON: ¡Muy bien leído Magdalena! Pero ¡muchas gracias, joven! ¡Cuántas molestias se han tomado!

PABLO: Quiero entregarle su ejemplar.

LEITON No hay apuro. Póngase cómodo primero. Magdalena, sería bueno que fuera a preparar un cuarto. Fíjese cual podría ser. (*Magdalena sale silenciosa*) Es increíble que en una casa tan grande no tengamos cuartos disponibles. Es que vivimos aquí solos mi esposa y estas dos mujeres que nos sirven. Ocupamos poco lugar, entonces el resto de la casa se fue ocupando de otra manera. En fin, es como todo.

PABLO: Esta habitación impresiona. Digo por la cantidad de libros.

LEITON: Sí, trato de mantenerme informado.

PABLO: (*Entregándole la Biblia*) Tome, este es su ejemplar.

LEITON: *(Toma el paquete y lo arroja hacia el escritorio)* ¿Así que le gustan las letras?

PABLO: Sí, señor.

LEITON: Pero póngase cómodo, quiero que se sienta a gusto en mi casa. ¿Lo obligaron a venir?

PABLO: ¿Cómo?

LEITON: Le pregunto si vino por la fuerza contra su voluntad.

PABLO: No, señor.

LEITON: ¡Ah! ¿No?... ¿Lo consultaron?

PABLO: Por supuesto que no.

LEITON: ¿Y entonces? ¿Dónde quedó su voluntad? ¿Sabe una cosa? Forzar los pensamientos no solo es desgastante, además es peligroso.

PABLO: Ya lo creo.

LEITON: ¿Se cuida, entonces?

PABLO: Sí, señor. Pero mi voluntad era venir.

LEITON: ¿Cómo saberlo? Uno se acostumbra al mandato de los demás y después dice: "¡Mi voluntad es!"

PABLO: No es así. Yo deseaba conocerlo.

LEITON: Le aclaro que yo no firmo autógrafos. Mi pulso, ¿sabe? Está a la miseria, y mis ojos. ¿Comprende?

PABLO: Sí, comprendo.

LEITON: ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

PABLO: He programado dos o tres días.

LEITON: Veo que es un joven muy inteligente. Me extraña que esté en ese lugar.

PABLO: ¿Lo dice por el seminario?

LEITON: ¡En fin, no tiene importancia! Quiero que sepa que no pienso entrometerme en algo que es suyo y privado. ¿Así que piensa quedarse pocos días? Espero que pueda cumplir con su palabra.

PABLO: ¡Por supuesto que sí!

LEITON: (*Balbuzeando*) ¡Por supuesto que sí! ¡Por supuesto que sí! Joven, es necesario que ejercite su voluntad. Aquí todos vienen por unos días y después se me pegotean, se instalan, no pueden irse.

PABLO: ¿Se instalan? ¿Quién?

LEITON: La gente. Pero, claro, no le hablé de ella. Ana es mi mujer, vino a visitarme a propósito de un trabajo que tenía que hacer para la universidad. En realidad, venía por dos o tres días, ya ve se quedo quince años. ¿Que me dice de su voluntad?

PABLO: Tengo entendido que su mujer está muy enferma.

LEITON: Sí, es verdad. Pero de todos modos, si quisiera podría irse. No se va porque se siente bien en este lugar. Se siente a gusto.

PABLO: ¿Qué es lo que tiene?

LEITON: Desesperanza. Sí, eso va creciendo adentro y destruyendo el sistema inmunológico hasta que finalmente el cuerpo deja de responder por completo.

PABLO: Qué increíble.

LEITON: ¿Increíble? ¿Pero donde vive usted? Hoy, la mayoría de la gente muere por eso.

PABLO: Sí, claro, ya entiendo.

LEITON: Joven, le voy a pedir un favor. Fíjese, debe haber lápiz y papel sobre el escritorio.

PABLO: Sí, aquí hay.

LEITON: Hágame el favor. Escriba. "Arreglar el timbre". ¿Escribió?

PABLO: ¡Sí!

LEITON: Fíjese, debe haber allí un pinche con unos papeles... ¿Está?

PABLO: Sí, aquí está.

LEITON: A ver, fíjese ¿qué dice en el papel que está pinchado?

PABLO: "Arreglar el timbre".

LEITON: Está bien. Pínchelo allí.

ESCENA 3

Elena está sentada a los pies de la cama de Ana, meciéndose sobre sí acompasadamente, cuando entra Magdalena.

ELENA: Magdalena, no te enojés, yo baje...

MAGDALENA: *(Interrumpiéndola)* ¡Cuántas veces tengo que decirte que no dejes el cuarto! ¡No tenés nada que hacer en el resto de la casa! ¡Tú trabajo está aquí! ¡Sentáte y cuidala!

ELENA: Tenía mucha sed! ¡Fijate! No hay agua en la jarra. Baje a buscar un vaso. Tenía la boca seca, pastosa.

MAGDALENA: ¿Seca? ¿Seca? ¿Con la humedad que hay en estos cuartos?

ELENA: ¿Humedad?

MAGDALENA: Sí, humedad. ¿No te diste cuenta? La tormenta trajo humedad.

ELENA: Pero yo igual tenía la boca seca, quería tomar agua.

MAGDALENA: Y por eso bajaste y abriste la puerta de calle.

ELENA: Sentí golpes, golpeaban muy fuerte. ¡Me asusté! Pensé que podía ser el médico.

MAGDALENA: ¿Qué médico?

ELENA: El médico de la señora.

MAGDALENA: ¡Ah! Sí.

ELENA: Pero tenés razón, pensé mal. *(Pausa)* Vos me dijiste que habías hablado esta tarde con él desde el teléfono del escritorio y que te pidió que le aumentarás la medicación. *(Pausa)* Entonces, ¿para qué iba a venir?

MAGDALENA: Tenés razón.

ELENA: Aunque igual podría haber venido. Como la señora está tan mal...

MAGDALENA: ¿Mal?

ELENA. ¡Sí!

MAGDALENA: ¿Por qué, mal? Duerme, descansa. ¿No te gusta?

ELENA: No.

MAGDALENA: ¿Por qué? ¿Estás cansada de cuidarla?

ELENA: No, de cuidarla no. Pero sí estoy un poco cansada.

MAGDALENA: Bueno, ya vas a descansar. Yo voy a preparar un cuarto para nuestro visitante.

ELENA: ¿Qué cuarto le vas a preparar?

MAGDALENA: No sé. El que encuentre desocupado.

ELENA: Pero si están todos...

MAGDALENA: (*Interrumpiéndola*) ¿Todos qué? ¡Que mala memoria que tenés! En cambio, a mí las cosas se me fijan. ¿Viste la foto que tenemos en nuestro cuarto? Me acuerdo el trabajo que le dio a mamá sacarla. Había mucho viento y se nos volaban los moños del peinado. Y en esa foto no tengo más de dos o tres años.

ELENA: ¿Había viento?

MAGDALENA: Sí, en el mar suele haber viento. (*Pausa*) La verdad es que deberías preocuparte, no podés tener tan poca memoria.

ELENA: Preocuparme. ¿Por qué? Ya tenés memoria vos.

MAGDALENA: Pero vos tendrías que tener tu propia memoria.

ELENA: Podría tomar notas.

MAGDALENA: No es mala idea. Si querés, vos me dictas. Yo te escribo

ELENA: ¿Sabes una cosa? Cuando vi allá abajo a ese muchacho, me di cuenta que hacía mucho tiempo que no vemos a nadie.

MAGDALENA: Hace poco vimos al médico.

ELENA: ¿Qué medico?

MAGDALENA: Al médico de la señora.

ELENA: ¡Ah, sí!, el médico. Tenés razón. Pero no me gusta que ese muchacho se quede.

MAGDALENA: No te preocupes, se va a ir en seguida. Esta casa tiene esa virtud: hace que uno no pueda dejar de pensar. Tanto es así que, finalmente, después, en medio de este encierro, le va a pasar lo que a vos; empezar a perder la memoria y querrá huir, recordar.

ELENA: Tenés razón. Seguro que va a llamar pidiendo que lo vengán a buscar.

MAGDALENA: ¿A llamar? ¿Cómo va a llamar?

ELENA: Por teléfono.

MAGDALENA: ¡Por teléfono! Tenés razón. Sería bueno que arreglasen el teléfono.

ELENA: ¿Por que no lo escribís?

MAGDALENA: ¿Cómo?

ELENA: Digo, por qué no bajas y lo escribís como haces vos, "Arreglar el teléfono".

MAGDALENA: ¡Sí! Tenés razón. Voy a bajar a escribirlo. (*Pausa, acercándose a la cama de Ana*) Sigue durmiendo, mira parece una santa. ¿Qué dirá el sacerdote cuando la vea? Seguro que va a impresionarlo. Porque impresiona.

ELENA: ¿Va a venir un sacerdote?

MAGDALENA: Lo digo por el visitante.

ELENA: ¿No era seminarista?

MAGDALENA: Por eso, seminarista, sacerdote. Bueno, ya va a ser sacerdote. Voy a ir a prepararle el cuarto.

ELENA: No te olvides del teléfono.

MAGDALENA: Sí, ya bajo.

ESCENA 4

La biblioteca iluminada tenuemente. Frente a una lámpara que se encuentra encendida sobre el escritorio, Pablo lee concentradamente. Magdalena entrando.

MAGDALENA: Permiso, vengo a tomar unas notas.

PABLO: Si necesita estar sola, me voy

MAGDALENA: No, quédese. Es un momento. Enseguida voy a prepararle su cuarto. Me imagino que debe estar muy cansado.

PABLO: Sí, fue un viaje bastante largo y los caminos se nos hacen más largos de lo habitual cuando no estamos acostumbrados a hacerlos.

MAGDALENA: No es mi caso. Yo siempre hago el mismo camino. Voy de este escritorio a los cuartos, de los cuartos a la cocina y de allí a mi cuarto. Recorro bastante, pero, como siempre es el mismo camino, no se me hace tan largo. Atender una casa tan grande es muchísimo trabajo.

PABLO: Supongo que sí. *(Pausa)* ¿No sale?

MAGDALENA: ¿Adónde? ¿A la calle?

PABLO: Sí.

MAGDALENA: ¿Para qué?

PABLO: No sé. ¿No necesita salir?

MAGDALENA: ¡No! Si quiero pasear, para mí no hay mejor paseo que caminar un rato frente a esta biblioteca. ¿Y ver gente? Estos cuartos están llenos de gente. ¿Pero veo que a usted le importa mucho ver gente?

PABLO: Si, yo necesito estar con gente.

MAGDALENA: Entonces se va a sentir muy a gusto en este lugar.

PABLO: Yo le había entendido al señor Leiton que ustedes vivían solos en este lugar.

MAGDALENA: Bueno, yo esperaba que usted me entendiera, o que lo entendiera al señor Leiton. Solos, solos, no estamos. Tampoco tan acompañados.

PABLO: No entiendo lo que quiere decirme.

MAGDALENA: Esta casa está llena de sombras. Imagínese. ¿Usted no tiene sombras? ¿Cuántas? Ahora piense en la cantidad de sombras que habitan una casa como esta. Es infinita la cantidad. Uno con los años hasta se cansa de dialogar con ellas. ¿Cree usted que me puede quedar ganas y tiempo de dialogar con otros?

PABLO: Puede ser que tenga razón.

MAGDALENA: Dígame, ¿le interesa mucho el señor Leiton?

PABLO: Sí, es un personaje muy interesante.

MAGDALENA: ¿Por qué "personaje"? ¿Qué quiere decir?

PABLO: Simplemente eso. Que me interesa mucho.

MAGDALENA: Ahora, no entiendo por qué dice "personaje". ¡El señor Leiton vive, existe! ¿O a usted le cabe alguna duda, joven? Discúlpeme, pero ¿a qué vino?

PABLO: A traer un encargo.

MAGDALENA: ¿Y quién le pidió que viniera?

PABLO: Me mandaron del seminario, pero en realidad creo que pudo haber un mal entendido. Creíamos que el señor Leiton estaba de acuerdo con mi visita.

MAGDALENA: ¿Yo le dije que no?

PABLO: No. Pero tengo la sensación de que pudo haber un mal entendido.

MAGDALENA: Puede ser. Yo en su lugar también tendría la misma sensación. Que me manden a traer un libro desde tan lejos a una casa que está llena de libros, repleta de libros, que rebalsa de libros....

PABLO: (*Interrumpiéndola*) Sí, pero, de todos modos, quiero aclararle que éste no es un libro cualquiera, esta es una Biblia. ¡Y tampoco es cualquier Biblia! El libro que yo he venido a traer está confeccionado íntegramente por los hermanos de mi seminario...

MAGDALENA: (*Interrumpiéndolo*) ¿Es usted vendedor?

PABLO: No, señora.

MAGDALENA: Fíjese que tiene pasta. Porque me convenció.

PABLO: Le pediría que llame al señor Leiton para aclarar esta situación. Quiero saber de inmediato si es que hubo un mal entendido. Si llegó a ser así, ya mismo me comunico con el seminario para ver...

MAGDALENA: (*Interrumpiéndolo*) ¡Ve! Me olvidaba, ahora que habló de comunicarse me acordé que yo bajaba por el teléfono. (*Yendo al teléfono*) ¡Que increíble! No funciona. Tendría que pedir... (*Pausa*) ¿Cómo se dice?. Pedir...

PABLO: ¿Reparación?

MAGDALENA: ¡Eso! ¡Reparación! ¿Usted sabe cómo se hace, joven?

PABLO: Tiene que llamar a alguien que sepa reparar.

MAGDALENA: ¿Llamar? Disculpe, pero de dónde saco ese libro que tiene en la mano?

PABLO: De allí, de la biblioteca.

MAGDALENA: ¿Y quien le abrió la puerta?

PABLO: Nadie. Estaba abierta.

MAGDALENA: Le pediría por favor que no vuelva a hacerlo. No tome ningún libro sin mi permiso. Quiero que sepa que me está comprometiendo.

PABLO: Le pido disculpas. Tiene usted razón.

MAGDALENA: Esta biblioteca está bajo mi cuidado y mi responsabilidad. Desde que el señor Leiton quedó ciego, yo soy quien la ordena y vigila. Además, puede ver que ese libro que tiene en la mano lleva puesto en su lomo un número, y, si tiene un número, es porque tiene una ficha, que yo debería tomar para poder a notar que ese libro lo tiene usted. ¿Entiende? Si el señor Leiton me preguntara por el libro número, número... (*Haciendo una seña*)

PABLO: 466.

MAGDALENA: 466. Yo tendría que poder decirle que lo tiene el señor. (*Reponiendo nuevamente la seña*)

PABLO: Pablo Barman.

MAGDALENA: ¿Se da cuenta? La próxima vez necesito que me avise. Lo mismo si necesita que le lea.

PABLO: ¿Que usted me lea?

MAGDALENA: Sí, yo sé leer. Pero no se qué concepto tiene usted de mí, claro, como me ve con uniforme, tal vez piense que no sé leer.

PABLO: No, la verdad, es que no había pensado nada.

MAGDALENA: Bueno, si quiere que yo le lea, me dice y fijamos un horario. Yo, a las 19 horas, suelo leerle al señor Leiton. Ese momento es privado y hace ya 18 años que mantenemos el mismo horario.

PABLO: (*Sentándose*) Perdóneme.

MAGDALENA: ¿Qué le pasa? ¿Se siente mal?

PABLO: Un poco mareado. Supongo que puede ser por el viaje.

Se sienten ruidos de bastón. En la puerta Leiton, entrando.

LEITON: ¿Magdalena está aquí?

MAGDALENA: Sí señor. Aquí estoy, trabajando. Estaba por preparar la ficha del señor Pablo... Pablo...

PABLO: Burman.

MAGDALENA: Pablo Burman, que acaba de retirar un libro.

LEITON: ¿Pero ya tan pronto se va a poner usted a leer?

MAGDALENA: Eso mismo estaba por decirle yo cuando usted entraba. La verdad es que se lo ve muy cansado.

LEITON: Entonces ¿por qué no lo acompaña hasta su cuarto?

MAGDALENA: Justamente, estaba en eso. Iba a subir a prepararle el cuarto.

LEITON: ¿Todavía? Pero este hombre va a pensar que queremos que duerma parado o sentado. O lo que es peor, que no duerma.

MAGDALENA: Tiene razón. Lo que quería preguntarle es que cuarto le parece a usted que le prepare. Digo por la humedad.

LEITON: ¿Humedad?

MAGDALENA: Sí, la tormenta ha traído mucha humedad.

LEITON: ¡Ah! Menos mal, porque este clima tan seco me mata. Bueno, pero pensemos qué cuarto podría ser.

PABLO: Señor, yo realmente no quisiera ocasionarle ningún problema. Puedo dormir en cualquier lugar. Pero si tiene inconveniente, yo puedo irme a un hotel. Creo que el mareo es por el cansancio y la falta de algo caliente en el estómago.

MAGDALENA: Creo que el joven intenta decirle que me he olvidado de servirle algo de tomar.

LEITON: No lo intenta, lo ha dicho. Pero ¡que descortesía para con una persona que acaba de hacer tantos kilómetros! Joven. acompañe a Magdalena hasta la cocina. Ella le servirá algo caliente.

PABLO: Permiso.

LEITON: ¡Ah! y no olvide de llevar su valija. Así después, va para su cuarto. Quiero ahorrarle camino. Buenas noches y sientas como en su casa.

Un estruendo. Golpes fuertes dados como en el vacío.

PABLO: (Volviéndose) ¿Y eso?

MAGDALENA: Relámpagos. Parece que va a seguir lloviendo.

LEITON: Mejor. este clima tan seco me mata.

ESCENA 5

La mañana siguiente en la biblioteca. Pablo duerme sobre un sillón, de costado en el piso se encuentra su valija. La luz del día entra tímidamente por el ventanal. Por la puerta vemos aparecer a Ana. Es de una delgadez excesiva. Lleva un camisón blanco que la cubre hasta los tobillos. Entra buscando algo. Al llegar hacia los sillones descubre a Pablo. Se acerca y comienza a mirarlo detenidamente.

ANA Buenos días. (Tocándolo) Buenos días.

PABLO: ¿Por qué no me llamaron?

ANA: No sé.

PABLO: ¿Quién es usted?

ANA: Soy Ana, la mujer de esta casa. La esposa del señor Leiton. Usted supongo que es el sacerdote que mi esposo esperaba.

PABLO: Sí, pero no soy sacerdote, soy seminarista. ¿Por qué me dejaron durmiendo acá?

ANA: La verdad que no sé. Es el lugar de la casa menos agradable para poder dormir. Se escucha mucho ruido, las voces, la gente. Pero usted se ve que descansó bien.

PABLO: La otra señora me dijo que me iba a preparar un cuarto.

ANA: ¡Ah! Se va a cansar de esperar. Hizo bien en dormir aquí. Hasta que desocupen uno, convencer a los otros para que salgan...

PABLO: ¿Qué otros?

ANA: Los otros. Pero ¿cómo? ¿No los escucho? A mí, a veces no me dejan dormir, pero usted pudo descansar tranquilo. ¿De dónde viene?

PABLO: De lejos. Quisiera hablar a Santa Fe. ¿Cómo podría hacer?

ANA: ¿Es de Santa Fe?

PABLO: Sí.

ANA: *(Comienza a reír con una mueca histérica)* Perdóneme.

PABLO: ¿Se ríe? ¿De que se ríe?

ANA: Me causa gracia. Un seminarista que viene de Santa Fe, es un poco recargado. ¿No cree?

PABLO: No, no creo. ¿Ese teléfono todavía no funciona?

ANA: Creo que no.

PABLO: *(Corroborando)* No, todavía no. Bueno, voy a tener que salir a hablar. Quiero comunicarme con el seminario, decirles que llegué bien, y arreglar mi vuelta.

ANA: ¿Su vuelta? Si recién acaba de llegar. Espere tranquilizarse.

PABLO: No, quiero volverme.

ANA: ¿Por qué? ¿No lo está pasando bien?

PABLO: ¡No!

ANA: ¡Qué descortés! Pero, bueno, está bien, es sincero. No se apure, esto es sólo una primera impresión. Después comenzará a gustarle. Yo lo entiendo, a mí me pasó lo mismo la primera vez.

PABLO: ¿Qué hace usted aquí?

ANA: Vivo. Bueno, vivía, porque ahora me estoy muriendo. Pero, bueno, son cosas de la vida. Usted también se va a morir alguna vez.

PABLO: ¡Seguro!

ANA: Póngase cómodo. Me alegra mucho verlo. Me encanta verlo. Hace tanto que no veía a alguien joven, así tan joven como usted. ¡Que lindo! ¿Qué edad tiene?

PABLO: 28.

ANA: ¡"29 abríles! ¡Volver a tenerlos! Si cuando me acuerdo". No me voy a poner a llorar nada porque se me arruga la piel. ¿Cómo se llama?

PABLO: Pablo Burman.

ANA: Burman. ¿Cómo se escribe?

PABLO: Así como suena.

ANA: Tome, ¿me lo escribe?

Pablo lo hace desganadamente.

ANA: Tiene razón, es como suena. Bueno lo voy a dejar acá pinchado así no me lo olvido. *(Se lo pincha con una alfiler del camisón)*

PABLO: ¿Dónde está el señor Leiton?

ANA: ¿Lo extraña?

PABLO: ¿Cómo?

ANA: Le pregunto si lo extraña. Yo sí, antes lo extrañaba mucho. Ahora me acostumbro a estar por momentos sin él. Pero, claro, ahora es distinto, ya sé quién soy.

PABLO: ¿Quién es?

ANA: ¡Ana Letieri! ¡Encantada! Me encanta su piel. Nada que ver con la mía.

PABLO: ¿Qué tiene?

ANA: ¿Dónde?

PABLO: Allí en los brazos, esas manchas oscuras.

ANA: ¿Vio que desagradables?

PABLO: Parecen moretones.

ANA: Son moretones.

PABLO: ¿Quién la golpeo?

ANA: La vida. ¡Ah! ¡Si me habré caído! Por eso, mire, una con el tiempo entiende que tiene que andar por aquellos caminos conocidos. Yo por eso aprendí éste, y de éste no me sacan. De mi cuarto al escritorio y del escritorio al cuarto; listo, ya no me golpeo más. Dígame ¿no tengo razón? Mire como estoy. Estaba cansada de golpearme.

PABLO: Tiene razón.

ANA: ¿De qué se ríe?

PABLO: No, no me reía.

ANA: Sin embargo, me pareció verle como una mueca. Ríase si quiere.

PABLO: Es que no quiero reírme.

ANA: Está bien. Pero si se llega a reír, avíseme. Hace mucho que tampoco veo reírse a nadie.

ESCENA 6

Magdalena entra con una bandeja. Lleva una gran tetera que contrasta con una tacita muy pequeña.

MAGDALENA: ¡Buenos días!

ANA: ¿Para usted también?

MAGDALENA: ¿Qué hace usted aquí?

ANA: Bajé a tomar un poco de humedad.

MAGDALENA: ¿Por qué lo hizo? Sabe que lo tiene prohibido. No puede dejar su cuarto. El médico le prohibió abandonar la cama.

ANA: ¿El medico? ¿Cuándo?

MAGDALENA: La última vez que estuvo. Pero, claro, ¡si no fuera por mí...! Qué mala memoria hay en esta casa! (*Magdalena leyendo el papel que Ana lleva pinchado en su camisión*) Pablo Burman (*Pausa*) Aquí tiene su desayuno.

ANA: Magdalena tiene una memoria sorprendente.

PABLO: Anoche esperé que me diera un cuarto.

MAGDALENA: ¿Y qué paso? Se quedó dormido. Me dio pena despertarlo. Dormía como un ángel. Como Elena, que debe estar durmiendo a pata suelta arriba. Por eso la señora está aquí abajo.

Se escucha bruscamente el sonido de una opera.

PABLO: ¿Y eso?

MAGDALENA: ¿Le gusta? Un ensayo. Unos amigos artistas, cantantes. Ensayan de mañana. Hay que dejarlos, no se puede decir nada. El señor Leiton les dio permiso.

ANA: ¡Qué hermoso! ¿Le gusta Wagner?

PABLO: Pero yo escucho una orquesta.

ANA: ¿Qué escuchó?

PABLO: Una orquesta.

ANA: Qué oído. Yo no.

MAGDALENA: Las voces suenan como orquesta. Gente muy preparada, cantantes de los mejores teatros líricos del mundo. Entra lo mejor en esta casa, solo lo mejor. (*Leyendo nuevamente el camisión de Ana*) Pablo Burman, su desayuno.

ANA: ¡Qué memoria envidiable! Y usted, ¡qué oído francamente refinado! En cambio yo, puro aire.

ESCENA 7

Entra Leiton vestido con una bata larga de color roja en una seda desteñida y manchada por el tiempo.

LEITON: ¡Buenos días!

ANA: Buenos días señor

LEITON: ¿Ana aquí? ¡Qué milagro!

PABLO: ¡Buenos días, señor Leiton! Quería hablar con usted.

LEITON: ¡Pero fíjese qué maravilla! ¡Mi mujer aquí!

PABLO: Señor Leiton...

LEITON: Sí, ya me imagino. Pero, Magdalena, suspenda la clase de hoy.

PABLO: Hay un mal entendido, no quiero que me dé clase.

MAGDALENA: *(Siempre leyendo)* Señor Pablo Burman se enfría su desayuno.

LEITON: Mejor, Magdalena. Y que espere. Sirva el desayuno aquí para todos.

Magdalena sale rápidamente.

PABLO: Señor Leiton, necesito aclarar esta situación. Creo que hubo un mal entendido. Posiblemente usted no deseaba recibirme...

LEITON: Y entonces, ¿por qué lo recibí? ¿Quién me obligo? Ya le dije que esto no es un seminario. ¿O a usted le recuerda al seminario?

PABLO: No.

LEITON: Una escuela militar, una clínica psiquiátrica, una organización política. Dígame, ¿qué le recuerda?

PABLO: Nada, no me recuerda nada.

LEITON: Entonces deje de insistir con eso de "quién me obligó". Por favor, siéntese, póngase cómodo. Dígame, usted que puede, cómo la ve a mi esposa.

PABLO: Bien, yo la veo bien. Y seguramente se va a poner mejor.

LEITON: Ana ¿cómo te sientes?

ANA: ¡Muy bien!

LEITON: ¿Se da cuenta? Una palabra suya bastó para sanarla.

PABLO: Disculpe, ¿usted está seguro..? ¿Es usted el señor Leiton?

LEITON: Bueno por lo menos, eso creí hasta hace un momento. Pero dígame usted, está seguro de que es sacerdote y no médico ¿verdad?

ANA: ¡Que increíble! Los fantasmas, las sombras, hacen que a veces no podamos ver con claridad y entonces nos sentimos confundidos. Pero no se preocupe, está bien, todo está bien... Además, hoy hay un poco menos de humedad. Yo por lo menos veo más claro.

LEITON: En cambio, a mí los años y estas malditas sombras me han dejado ciego.

ANA: Bueno, voy a subir a arreglarme.

ESCENA 8

Ana sale. Después de un momento, se escuchan nuevamente estruendos y golpes dados como en el vacío.

PABLO: *(Mirando fijo a Leiton)* ¿Escuchó?

LEITON: ¡Sí!

PABLO: ¿Qué es eso? No me va a decir que es una orquesta.

LEITON: Amigo mío, veo que la literatura ha favorecido notablemente su imaginación.

PABLO: Pero, ¿escuchó ese ruido?

LEITON: Sí, y yo también me pregunto qué podrá ser. Hace años que lo escucho.

Los ruidos crecen.

PABLO: Escuche, es horrible. ¿Qué es? ¿Problemas de construcción?

LEITON: ¿Le parece? Sin embargo, esta casa es bastante sólida. Si le molesta mucho, llamo a Magdalena y le pido que nos lea.

PABLO: ¿Que lea?

LEITON: Sí, así se distrae. La lectura es una brillante compañía.

PABLO: Tiene razón, no es mala idea. Pero prefiero leer yo.

LEITON: Como usted guste, joven. Siéntase como en su casa.

PABLO: Aquí está el libro número 466. La señora Magdalena ya me hizo la ficha.

LEITON: Perfecto. Ya que va a leer ¿por qué no lo hace en voz alta? A mí también me molestan los ruidos.

PABLO: *(Sentándose en un taburete frente a Leiton)* ¿Comienzo?

LEITON: Sí, lo escucho. Discúlpeme, pero, ya que lo va a hacer, hágalo parado. La voz es importante. Que la palabra llene el espacio.

ESCENA 9

Ana, sentada frente al tocador. Tiene puesto un vestido viejo. Elena, parada detrás de ella intenta arreglarla.

ANA: No, no estoy linda. El espejo no miente. Por lo menos, a mí no. Soy yo. Tengo cara de asustada. Si pudiera bajar sin que nada me importase.

ELENA: ¡Qué susto me hizo pegar! Pensé que se había ido.

ANA: ¿Que me había ido?... ¿Adónde?

ELENA: No sé, pero corrí enseguida al placard, a fijarme si estaba su valija. Me tranquilizó verla.

ANA: ¡Mi valija! ¿Dónde está?

ELENA: ¿Quiere que la saque?

ANA: Sí, sacala Elena.

Elena saca la valija del placard y la pone sobre la cama. Las dos se sientan frente a ella.

ANA: ¡Qué hermoso! Me encanta verla cada tanto y pensar, Elena, pensar en una mañana como ésta, en que realmente es posible que entre el sol, y entonces veamos con mucha más claridad.

ELENA: ¡Si pudiéramos abrir las ventanas!

ANA: ¿Lo viste?

ELENA: ¿A quién?

ANA: A él... Está allá abajo... Es hermoso. El es un sol. ¿Me veo linda?

ELENA: Si usted siempre fue linda.

Elena comienza a revisar los cajones y luego dentro de los placares

ELENA: Señora, dígame, ¿no se acuerda?

ANA: ¿Qué cosa?

ELENA: Ese médico que vino una vez. En algún lado debe haber dejado una dirección y un teléfono.

ANA: La verdad es que no me acuerdo. Tengo tan poca memoria. ¿Por qué no le preguntas a Magdalena?

ELENA: ¡No! A Magdalena no. En algún lado tiene que estar.

ANA: Elena, ¿te sentís mal?

ELENA: Sí, cansada.

ANA: Vení, sentate al lado mío. ¿Querés que te cuente un cuento?

ELENA: No, yo nunca entiendo lo cuentos. Lo que yo quiero es saber dónde están esos papeles. *(Pausa)* Igual, de qué me serviría encontrarlos si yo no sé leer.

ANA: ¿Viste? ¿Y por qué no aprendiste?

ELENA: Porque para aprender hace falta memoria, y yo no la tengo.

ANA: Si querés yo te leo.

ELENA: Eso había pensado.

ANA: Cuentos.

ELENA: Ya le dije que no me gustan los cuentos.

ANA: En cambio, a mí me encantan. Y allí abajo hay un príncipe sol que me está esperando.

ELENA: *(Susurrando)* ¡No confíe, señora, no confíe!

ANA: *(Siguiendo en el tono de Elena)* ¿En quién?

ELENA: En los cuentos. Esta casa está llena de cuentos.

ANA: Pero este es hermoso. Y además tiene una música que suena distinta.

ELENA: No está tan segura. El viejo quiso que ese joven viniera.

ANA: *(Riéndose con una mueca histérica)* El viejo se equivocó. No pensó en la posibilidad de que el cuento lo trajera otro. ¡Vamos, Elena! Bajemos, que en la biblioteca hay un sol inmenso que nos está esperando.

ESCENA 10

En la biblioteca, Pablo se encuentra sentado frente al escritorio que ha sido cubierto con una sábana blanca. En el centro, una fuente tapada con un lienzo color rojo. Ahora todos los muebles del escritorio han quedado cubiertos. Pablo mira fijamente la fuente. Entra Ana. Lleva puesto su vestido viejo y en la cabeza un sombrerito con dos margaritas de plástico prendidas a un costado. Elena entra tras ella y se queda temerosa parada cerca de la puerta.

ANA: Permiso. Le presento a Elena, mi nana.

PABLO: La conozco, fue quien me recibió cuando llegué.

ANA: Igual que a mí. ¡Ella también me recibió! Entonces, somos hermanos de nana.

PABLO: ¿Cómo?

ANA: ¡No! No lo hagamos tan familiar, no nos conviene. Disculpe, es una tendencia que tengo. ¿Cómo se encuentra?

PABLO: Hambriento, sediento.

ANA: *(Acercándose)* Disimule. A Elena estas cosas le dan un poco de pudor y debo confesarle que a mí también.

PABLO: ¿De qué habla?

ANA: De su sed, de mi sed, ambos estamos hambrientos y necesitados.

PABLO: Creo que esto es un error.

ANA: Para usted todo es un error. Yo creo que su vida ha sido un error. Porque no intenta otro camino.

PABLO: Yo estaba muy bien antes de entrar a esta casa.

ANA: ¡Ah! ¿Sí? Y después, ¿qué le pasó?

PABLO: ¡No sé!

ANA: No sabe, pero tiene hambre y tiene sed. ¿En el seminario nunca estuvo necesitado?

PABLO: ¿De qué?

ANA: No sé, usted dice que aquí tiene necesidades.

PABLO: Por supuesto que tenía necesidades. Por eso es que entré al seminario. Un hombre siempre tiene necesidades pero ¿adónde quiere llegar con esto?

ANA: A que me mire.

PABLO: Ahora la estoy mirando. *(Pausa)* Me da pena. *(Pausa)* Me da lástima.

ANA: Elena, dejanos solos.

ELENA: ¡No puedo, señora! Es mi obligación cuidarla.

ANA: Es un momento.

ELENA: Señora, me pone en una mala situación.

PABLO: ¡Salga! Y si le preguntan, dígales que yo se lo pedí.

ELENA: ¡Está bien! *(Sale)*

PABLO: ¿Qué busca de mí?

ANA: Déjeme mirarme, por favor, aunque más no sea por un instante. Siempre necesito alguien en quien mirarme.

PABLO: No en mí, yo no puedo ayudarla.

ANA: Pero ¡cómo!, ¿usted no es seminarista?

PABLO: Pero usted busca otra cosa.

ANA: ¿Y usted qué busca? Yo tengo un mar oscuro y profundo para mostrarle del cual podría enamorarse perdidamente si lo viera.

Se escucha muy por lo bajo el ruido del agua pegando en el vacío.

PABLO: ¿Qué es eso?

ANA: ¿Escuchó?

PABLO: Claro que escuché.

ANA: ¿Se da cuenta? Le juro que no le miento.

PABLO: Por favor, dígame que es verdad. Que no estoy loco. Dígame que usted también lo siente.

ANA: ¿Cómo no lo voy a sentir si lo llevo adentro?

Ana se desprende su vestido, dejando ver un cuerpo lánguido y enfermo. Se acerca hasta Pablo, apoyando la cabeza de él contra su vientre.

ANA: ¡Ay! Tengo hambre. Tengo hambre de hijo.

Pablo la sostiene y comienza a recorrer el cuerpo enfermo.

ANA: ¡Qué hijo! ¡Qué viejo hijo de puta!

ESCENA 11

Se abre rápidamente la puerta, Ana se recompone rápidamente y se oculta detrás de Pablo.

LEITON: ¿Con quién estoy?

PABLO: Con nosotros.

LEITON: ¡Nosotros! *(Pausa)*

Elena se escabulle detrás de Leiton parándose al costado de la puerta.

LEITON: Siento el perfume inconfundible de Ana. Hermoso perfume a piel seca. ¿Cómo te sientes, querida?

ANA: Mejor. ¡Mucho mejor!

LEITON: Se da cuenta. No hay mal que dure cien años, menos mal porque lo que si hay seguro son cuerpos que lo aguantan.

PABLO: ¿Por quién lo dice?

LEITON: ¡Por mí, hablo de mi mal! Sé además que en mi último aliento de dolor solo voy a pedir un segundo más, sólo un segundo más. Creo, Ana, que te voy a extrañar. Luego voy a pensar cómo era, dónde me dolía, y luego la nostalgia. ¡Qué trabajo recordar! Por eso, para no tener que hacer ese esfuerzo inconmensurable lo importante es mantener muy cerca nuestros los espejos, lo más cerca posible. ¿Entiende?

PABLO: ¡Creo que sí!

LEITON: ¿Dónde está Elena?

ANA: ¡Aquí conmigo!

LEITON: Está bien, ése es su deber. Elena, no olvide nunca su deber.

Magdalena entra, trayendo una bandeja con una gran tetera.

MAGDALENA: Permiso.

LEITON: ¡Aquí estamos, con nuestro amigo, esperándola para probar ese riquísimo desayuno.

MAGDALENA: *(A Pablo)* Si quiere le sirvo más.

PABLO: ¿Qué es esto?

LEITON: Supongo que té. ¿O no preparó té?

ANA: Sí, es té.

PABLO: Pero esto parece agua.

LEITON: Es que Magdalena lo prepara así, liviano. A nosotros el té fuerte nos cae mal. Magdalena, prepárele otra cosa.

PABLO: *(Destapando la bandeja)* ¿Puedo comer ese pan?

LEITON: Pero por supuesto, si está para comerlo. Sírvese todo lo que usted quiera. *(Señalando una mesa devastada)*

Pablo toma el pan y se lo acerca a Ana.

ANA: No, gracias, estoy a régimen.

PABLO: ¿Usted?

LEITON: ¡Así es! Cuida su figura.

ANA: Cada vez que me miro en el espejo de mi adolescencia me veo tan rellenita...

LEITON: ¿Y usted?

PABLO: Yo no, no necesito cuidarme.

LEITON: ¿Y mirarse en el espejo?

PABLO: No, tampoco necesito.

LEITON *(Riéndose)* Yo sí y muy a pesar de algunas sombras, puedo.

ANA: *(A Pablo)* ¿Por qué no se mira? ¡Qué cutis hermoso que tiene! ¿El mío cómo se ve?

PABLO: Devastado.

ANA: Suena hermoso en sus labios. Repítalo otra vez.

PABLO: Devastada, toda usted ha sido devastada.

ANA: ¿Por qué me desnuda? ¿Cómo se atreve?

LEITON: Ana tiene razón.

ANA: Yo no le di permiso para que me mirara tanto. *(Pausa)* Y si así fuera, a usted ¿no le molesta la humedad?

PABLO: Sí me esta empezando a molestar.

Pablo comienza a contorsionarse dando abruptas arcadas.

ANA: ¿Qué le pasa? ¿Se siente mal?

MAGDALENA: Creo que se atragantó con el pan.

LEITON: ¡Agua! ¡Vamos, traigan agua!

Magdalena sale.

PABLO: (*intentando hablar*) El pan está lleno de hongos, la humedad.

LEITON: (*Gritando*) ¡Traigan agua! ¿No me escucharon?

ANA: Tranquilícese. Ya viene Magdalena.

MAGDALENA: (*Entrando*) ¡No hay agua! ¡Cortaron el agua!

LEITON: ¿Cortaron el agua?...

Ana, Leiton y Magdalena estallan en una sola carcajada.

ELENA: En el sótano.

Leiton, Ana y Magdalena dejan de reírse.

LEITON: ¡Música! Quiero escuchar un poco de música, suba y pídale a nuestro amigo Wagner que nos traiga un poco de agua. (*A Pablo*) ¿Escuchó alguna vez "El Buque Fantasma"?

PABLO: ¡No!

Magdalena sale rápidamente.

ANA: (*A Pablo*) ¿Sabe bailar?

PABLO: (*Mientras intenta recomponerse*) No.

ANA: ¿Sabe cantar?

PABLO: ¡No!

ANA: ¿Sabe abrirme el escote para ir a jugar?

PABLO: ¡No!

LEITON: Por mí, muchacho, no se preocupe. Ojos que no ven, corazón que no siente. Aparte, debo confesarle, que desde que la conocí, no, perdón, mucho antes de conocerla, ya la veía en la cama con otro.

ANA: ¿Se da cuenta? Nada menos que a mí, que con el único hombre que me pude meter en la cama fue con mi padre.

LEITON: Sombras, sombras, sombras.

ANA: ¡Escuchen qué maravilla!

Se escucha desde otro cuarto la música de Wagner puesta a todo volumen.

ANA: ¡Vamos! ¡Venga! Anímese a bailar un poco conmigo. Hace tanto que no la hacía.... Por favor, agárreme.

Pablo la mira a Elena que permanece inmóvil al lado de la puerta.

LEITON: ¡Vamos! Aproveche, ya que volvió el agua.

MAGDALENA: *(Entrando)* ¿Está bien, señor?

LETON: ¡Perfecto, Magdalena! ¿Cómo se ve la señora?

MAGDALENA: Hermosa, una santa. Vamos, joven, no la deje bailando sola, que además se va a caer. Y no creo que sea pecado bailar con una santa.

Pablo abraza a Ana con ternura e intenta sostenerla. Comienza nuevamente a sentirse golpes de agua que se confunden esta vez con los de la ópera.

PABLO: ¡Otra vez! ¿Qué es eso?

ELENA: El sótano.

LEITON: Qué increíble. ¿Pero pueden ser defectos de construcción?

PABLO: *(A Elena)* ¡Qué dice! ¿El sótano?

ELENA: El que esta debajo de la trampa. Levante la alfombra.

LEITON: Una casa tan bien hecha, no puede ser... ¿Pero quién le dice que si pueda ser?...

Pablo corre la alfombra y se inclina sobre el piso abriendo con esfuerzo la trampa que hay en él .

PABLO: ¡Esta lleno de agua!

ELENA: ¡Es terrible, se inunda!

PABLO: Esto se derrumba en cualquier momento. ¡Corra! ¡Salga!

ANA: ¡Espere! ¡Por favor, espere!

Elena sale corriendo.

ANA: *(Acercándose cada vez más a la trampa)* ¿Qué hay? *(Mirando)* ¿Qué veo?

LEITON: ¿Qué ves?

ANA: *(Dudando)* Un lago.

LEITON: ¡Sí! Es el azul del lago de Constanza. Magdalena, por favor, acérqueme a la orilla.

MAGDALENA: Deme la mano.

PABLO: ¿Qué hacen? ¡No se acerquen allí, esto se cae en cualquier momento!

MAGDALENA: *(Gritando)* Cállese, joven ¿quiere? ¿Quién le pidió que viniera? ¿Quién le pidió que opinara? ¿Cómo se atreve además a hablar? ¿Con qué ojos ve usted? Este hombre que usted tiene delante es un hacedor de realidades....

LEITON: *(Interrumpiéndola)* Magdalena, tengo un poco de frío. El atardecer aquí en la orilla me produce frío. Cúbrame un poco, por favor.

Magdalena toma una de las sabanas que esta sobre los sillones y lo cubre.

LEITON: Gracias, esposa-madre-amiga-compañera.

MAGDALENA: *(Acercándose y cerrando los ojos)* Cuénteme qué veo.

LEITON: Desde aquí vemos...

Elena entra con la pequeña valija de Ana en la mano.

ANA: ¡Mi valija!

PABLO: *(Tomándola con dulzura)* ¡Vamos, querida!

ANA: ¿Adónde?

ELENA: No sé, pero quizás este joven tenga cuentos más hermosos para contarle.

ANA: Tengo miedo.

ELENA: ¿De qué?

ANA: De no ver. Dicen que el sol es terrible, que encandila...

ELENA: No se preocupe. Joven, ¿usted conoce el sol?

PABLO: Sí, venga, deme la mano.

Los tres salen lentamente las mujeres aferradas a la valija y cubriéndose detrás de Pablo.

La escena queda devastada. Magdalena y Leiton, frente a la trampa abierta. La música de Wagner se confunde con el sonido del agua que golpea en el sótano. Se escucha murmurar algunas palabras lejanas de Leiton.

FIN

Adriana Tursi. Correo electrónico: adrianatursi@hotmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Junio de 2003

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar